

No es el hombre el que traza el camino del hombre, ni el que marca la velocidad con que ha de marchar por él: ese camino lo traza Dios, esa velocidad la imprime la gracia; y buen director es aquel que conoce el camino y regula la velocidad con que el alma debe ir por él, según las gracias que vaya recibiendo. No es buen director, sino visionario, el que pretende trazar á las almas su camino ó quiere llevarlas por él al paso que se le antoja, y no al que van marcando las gracias actuales; y en este error práctico cae indefectiblemente todo el que pretenda para sí la gloria de sus dirigidos ó la de su propia dirección.

La gloria verdadera del director consiste en no tener ninguna á los ojos del mundo, y sí solo á los de Dios. Jamás debe aspirar, como director, á ceñirse la aureola de los Apóstoles, Pontífices, Doctores y Mártires, porque estas son aureolas brillantes, y la suya como director debe carecer de brillo mundano, en lo cual estriba precisamente su mérito y su valor. La luz del director verdadero es para el mundo invisible y oscura como la de los rayos X, último descubrimiento de la física moderna; pero penetra el interior como la luz catódica, y esa penetración nos da la medida de su valor y de la importancia que en la Iglesia tienen los directores.

Muchas almas buenas creen que lo que hace falta hoy en el mundo son Apóstoles, Mártires y Santos; y tienen razón, no lo niego; pero hacen todavía más falta los buenos directores, porque el santo sin dirección deja pronto de ser santo: el apóstol sin director no permanecerá mucho tiempo en su apostolado, y el mártir sin que le dirijan no irá hoy fácilmente al martirio, sino quizás á la apostasía. Directores buenos es lo que nos hace

falta, que teniéndolos, tendremos apóstoles de la verdad, mártires de la fé, y santos de todas clases.

X

DONES ESPECIALES DEL P. GONZÁLEZ

A las cualidades generales del buen director, reunía el P. Javier otros dones de Dios y otras cualidades especiales muy estimables. Tenía corazón ardiente, dulzura encantadora mezclada de fortaleza, y tesón apostólico; con este último conseguía siempre su fin, y con aquella primera lo conseguía, complaciendo á los demás. Era amable por naturaleza y por virtud, persuadido de que sin amabilidad y ternura no se dirige bien á nadie. Es tan necesaria esta amabilidad y esa ternura en el buen director que sin ellas quizás no darían todas las otras cualidades buenas el resultado apetecido: ¿Cómo ha de dirigir bien á las almas, quien no las ame entrañablemente? Y cómo las amará, quien tenga un corazón frío, seco y falto de ternura? Y sin esta ternura y afecto santo ¿cómo las consolará y animará? ¿Y en muchos casos á qué se reduce la dirección de un alma, sino á consolarla y animarla, para que no desmaye ni desista de la empresa comenzada, ni vuelva atrás en el camino por donde Dios quiere llevarla? Por eso el buen director debe tener un corazón lleno de caridad y dulzura, de fortaleza y amor santo, cual lo tenía este varón justo, según indican las frases *hijo de mi alma*, y *Fr. Diego mío*, que prodigaba á su dirigido.

Estas dotes le hicieron tan celebrado director de almas que de todas partes acudían á ponerse bajo su dirección; y apenas hubo en su tiempo persona de elevada virtud en estos reinos de Andalucía, que no le consultase ó se pusiera alguna vez en comunicación con él por medio de sus dirigidos. Muchos de estos eran sacerdotes seculares ó religiosos de vida tan ejemplar que sobresalían entre los demás, hasta el extremo de distinguirlos el vulgo con esta frase: Aquel es dirigido del Padre González; ese es discípulo del P. Javier.

Pues cuando de tanta y tan merecida fama gozaba este P. González lleno de ciencia y de virtudes, pero próximo al ocaso de su vida, un nuevo astro aparecía en el horizonte de la Iglesia española; un pobre capuchino llamado Fray Diego de Cádiz en la soledad de su ignorado claustro había recibido del cielo el espíritu de los profetas, el fuego de los apóstoles y el cargo de anunciar á los reyes y á los pueblos la palabra de Dios; pero aquel joven misionero humilde hasta el anonadamiento desconfiaba de sí y se hundía bajo el peso de la misión, que por extraordinario modo el cielo le había confiado. Semejante á la parra cargada de racimos, necesitaba un fuerte tronco en que apoyarse, si no había de sucumbir con la carga de su mismo fruto; y este sostén fué para él el P. González con quien se puso en relación de la manera que diremos.

Por entonces moraba nuestro B. Diego en el convento de Ubrique, y Dios que lo quería hacer en mucho semejante á N. S. P. San Francisco le dió á manera de Porciúncula el Santuario de Ntra. Sra. de la Paz en Ronda. Allá iba por obediencia á pasar largas temporadas, y como en

Ronda no había convento de nuestra Orden Capuchina, empezó á confesarse con uno de nuestros hermanos observantes, y trabó amistad con él. Fué este el P. Fr. Diego Fernández de Alba, varón ejemplar y discípulo ó dirigido del P. González. Con este P. Fernández comenzó nuestro Bienaventurado á comunicar en Ronda las cosas de su espíritu, y él asombrado de ver lo que Dios obraba en Fr. Diego y temeroso de errar en asunto de tanta trascendencia, puso en comunicación á su hijo espiritual, Fr. Diego, con su padre González, el cual hizo cuanto pudo, para traerlo á Sevilla y tratarlo de cerca.

Logrado este deseo en Febrero de 1774 se vieron y se compenetraron aquellas dos grandes almas, que parecen habían nacido la una para la otra: pero cedamos la palabra al P. Javier, ya que dejó escrito de su puño y letra este hecho con todos sus detalles en unos preciosos apuntes que, por no tener título ni nombre, le pondremos el siguiente.

XI

DE COMO SE CONOCIERON

El V. P. González lo cuenta así:

«Hallábase de confesor ordinario de las Religiosas del Convento de Sta. Isabel en la ciudad de Ronda el P. Fr. Diego Fernández de Alba de la observancia de San Francisco de la Provincia de Sevilla. Era ya en Ronda, y especialmente en su orden y en dicho Convento conocido y con-

ceptuado de Religioso de buen espíritu, director prudente y celoso del aprovechamiento de las Religiosas que se entregaban á su dirección; y como su buena vida y ejemplo era á todos manifiesta, las mismas Religiosas que lo amaban, se lo dieron á conocer á nuestro Fr. Diego que, con-ventual entonces en Ubrique, frecuentaba las veces que iba á Ronda el convento de dichas Religiosas, hablando de Dios en las conversaciones que con ellas familiarmente tenía.

«Fr. Diego no tenía entonces Director fijo para su alma, sin embargo de los muchos, sabios, prudentísimos y justos que en todos tiempos ha tenido y tiene su ejemplarísima Religión y Provincia; y conociendo que el P. Fernandez, aunque sin graduación pública en su Religión, era muy instruído en la ciencia del espíritu, santo temor y amor de Dios, que era prudente y celoso ministro, lo deseó por Director suyo, y después de encomendarlo á Dios, se lo propuso, y rogó con humilde instancia se hiciese cargo de su alma, y la dirigiese en su ministerio que ya era, si no como después lo ha sido, de Misionero por los pueblos de aquella Serranía de Ronda.

El P. Fernandez que conoció humilde lo que era, y había formado altísimo concepto del espíritu de Dios que animaba á Fr. Diego, se excusó de su dirección alegando también que, aunque quisiera servirle, no podía sin darme cuenta y esperar mi resolución: ofreciéndole que, si yo le mandaba que lo dirigiese, lo haría confiado en el Señor que por mí se lo mandaría, si fuese de su agrado.

Con este motivo me escribió el P. Fernandez informándome prolijamente de quien era el P. Fr. Diego, y esta fué la primera noticia que de él

tuve: y proponiéndome su ineptitud para hacerse cargo de un siervo de Dios y celoso Ministro del Evangelio, me rogaba que, hecho cargo de todo ello y de la ejemplar vida y virtudes de Fr. Diego, pensase la resolución que él ciegamente seguiría, como si se la dijese el Señor.

No sé qué especie de ansia sentí de ver, tratar y servir al Capuchino joven, de cuya conducta me certificó el P. Fernandez, mi dirigido; y queriendo darle gusto y ayudarle á sus buenos deseos en cuanto pudiese, ya que no inmediatamente por la distancia, mediatamente por el que yo dirigía, pues no dudaba que éste me preguntaría lo que en la de aquél dudase, me incliné; pero antes le previne practicase el P. Fernandez ciertos ejercicios, y me avisase de sus resultados, para determinar lo que fuese del agrado de Dios. Obedeció el P. Fernandez y avisó de todo lo que le mandé, y en su consecuencia resolví que admitiese á Fray Diego y hecho cargo de que su vocación era de Misionero, lo alentase y persuadiese á su desempeño, dejándose todo con humilde confianza al que quería servirse de él en este apostólico ministerio.....

Después añade el P. González: Así como yo conocía, amaba, y deseaba ver á Fr. Diego, mi nieto, informado del P. Fernandez, así Fr. Diego informado del mismo deseaba conocerme. Proporcionó el Señor á ambos el cumplimiento de este deseo, porque. (1), luego que de paso para Moron llegó á Sevilla. vino,

(1) Los puntos suspensivos indican supresión de digresiones que alargan demasiado el relato; y las palabras que van entre ellos para enlazar los párrafos son nuestras.

vilo, abracelo, y nos retiramos para hablar sin testigos. ¿Pero podré yo acaso explicar los afectos míos, y suyos en esta primera entrevista? Desde ella, como si siempre nos hubiéramos tratado, mi alma se le ofreció toda para cuanto pudiera conducir á su dilatación. Por lo que ví, por lo que me dijo y conocí, quedó oprimida la mía del exceso de su humildad y de algún defecto de fé viva y confianza firme en la asistencia del que quería servirse de él en el ministerio apostólico para gloria suya y copiosísimo fruto de los fieles.

La suya oyéndome se dilató en gran manera, como varias veces me lo tiene asegurado, y cual sea la poderosa eficacia que desde entonces se ha servido el Señor por sola su bondad, y para confusión mía poner en mis palabras para cuanto le hablo, él mismo lo dice en sus cartas, y yo lo he experimentado con asombro

De esta primera entrevista, que sería como de hora y media, quedamos de acuerdo, que ínterin hiciere misión en estas cercanías, me escribiese cuanto dudase, que yo le serviría de P. Fernandez, pues éste así se lo había ordenado, y yo lo hacía con singular gusto mío, dejando ambos á cargo de Dios el acierto.

XII

SE ESTRECHAN LOS LAZOS

Algún tiempo después volvió el santo misionero á Sevilla en Abril de 1775 para predicar una misión; y en esta segunda entrevista vieron los

dos claramente la voluntad de Dios acerca de la dirección espiritual del Beato, según refiere el mismo P. González con estas palabras:

«El viernes en la noche llegó á su Convento y á la siguiente mañana se me presentó en mi Colegio, ratificando su humildísima obediencia á cuanto quisiere disponer de él, dejándose en mis manos para que lo dirigiese. Fué esto con tanto candor, verdad y humildad, que me confundí; y conociendo que era voluntad de Dios que yo ayudase á su Siervo, sin embargo de ser quien soy, sentí mi alma movida á amar tiernamente la suya y á tratarle, como desde aquel día le traté, con la mayor resolución y libertad, quedando de acuerdo y manifestándome Fr. Diego que en todo quería negarse y nada hacer sin mi licencia y dictamen.»

Y hablando después del primer sermón que le oyó predicar al día siguiente, añade: «Tal vez para que yo inspirase aliento al humildemente desconfiado de sí Misionero, quiso el Señor que conociese desde la primera vez que le oí que en el púlpito era solo clarín de que Dios se servía y alumbraba el Espíritu Santo para dar cumplimiento á los designios de su providencia; y este conocimiento ha arreglado desde entonces mi conducta en el gobierno de su persona y ministerio, con los copiosos y utilísimos frutos que él mismo en todas sus cartas explica: y deben los que las leyeren entender, que ni mío ni de Fr. Diego es, sino de él, enviado y enseñado de Dios, y de mí, instruido del mismo para mi confusión, y para que á gloria suya y bien de las almas le alentase, le estimulase y con imperio le rindiese á su deber; cierto yo, como desde el primer sermón que le oí estoy, de

que él jamás predica, sino en él el espíritu de Dios en cuyo conocimiento, como iré historiando, me han confirmado varios sucesos, que diré en su lugar y constan de sus cartas.

XIII

PROYECTO Y ADVERTENCIAS

Por lo dicho se ve que el P. González tenía formado el proyecto de escribir la vida del Beato Diego, de la cual no llevaba escrito más que el prólogo cuando la muerte le sorprendió; y por cierto que nadie como él pudiera haberlo hecho; pero Dios no lo quiso para historiador del Apóstol gaditano, sino para su director, guía y sostén, para asegurarlo de su vocación y destino, y empujarlo hácia él, de modo que no pudiera ya volverse atrás, cuando este guía celestial le faltase. Y así sucedió, como veremos por el contesto de sus cartas.

Varias veces después de las dichas estuvo Fr. Diego en Sevilla largas temporadas, algunas de cinco meses, en cuyo tiempo predicaba diariamente, y conferenciaba con su director, comunicándose mutuamente el incendio de amor divino que abrasaba sus corazones, y engolfándose más y más cada día en los caminos escondidos de la santidad; de modo que lo más sustancial y lo más precioso de esta dirección fué de palabras, y solo utilizaban la pluma, cuando se ausentaba de Sevilla el Beato Diego largas temporadas.

Una de esta, tuvo lugar en Abril de 1777, época

en que dejó Fr. Diego la Capital andaluza para predicar una novena misión en Montilla, donde le llevaron los Duques de Medinaceli, y allí le envió el P. González su primera carta, en la que donosamente y con candor de niño llama Nieto al insigne Misionero, y Biznieta á la sierva de Dios Sor Josefa M. Zayas, hija espiritual del Beato Diego. Y por cierto que el V. P. González podía hacer este argumento: El P. Fernández es mi hijo espiritual; Fr. Diego lo es del P. Fernández; y la M. Zayas de Fr. Diego: luego éste es mi Nieto, y aquélla mi Biznieta, y así los debo llamar. Aquí sí que podemos exclamar con el sabio: *O quam pulchra est casta generatio cum clavitate! immortalis est enim memoria illius!*

Antes de insertar la primera carta de este graciocísimo y santo Abuelo, advertimos que en toda la correspondencia de director y dirigido corregimos la ortografía antigua para comodidad del lector y hermosura de la impresión; pero sin añadir ni quitar palabra alguna; únicamente omitiremos, cuando la prudencia ó la caridad nos lo aconseje algún nombre propio, ó alguna frase relativa á ellos, si es ajena enteramente á la dirección espiritual, objeto preferente de estas hermosas cartas.

De la primera del P. Javier se colige que él deseaba hacer algunos encargos y leer cierta esquila á su dirigido; y que éste, ya en marcha, pasó por el convento de su P. González, y no hallándolo en él, le dejó la carta de la Biznieta, pidiéndole contestación, la cual le envía junta con la mencionada esquila en la forma siguiente.